

REITERACION DE ACTOS PIADOSOS

Manda, Señor, y ordena
Sin límite ni modo:
Tú sabes, Santo Dios, que estoy dispuesto
A obedecerte en todo.
Atomó imperceptible
Entre los seres que creó tu mano,
¿Como yo resistirte pretendiera,
Cuando tus santas órdenes acata
La creación entera?
Habla, pues, y dispón: una voz tuya,
Una simple señal, una mirada,
Menos que eso, oh mi Dios, es suficiente
Para que el alma humilde y reverente
Tu santa voluntad tome por guía;
Que eres tú mi Señor, y yo tu esclavo
Y el mando es tuyo, la obediencia mía.
Desde mi tierna infancia
Mi madre, Eterno Dios, tu nombre santo



Me enseñó a bendecir, y desde entonces
Ni a la luz me levanto,
Ni a mi lecho me voy, sin que mi boca
Te ensalce y te bendiga
Y mi ferviente gratitud te diga:
Que tú mi gloria eres,
Y en todo mi salud y bien ordenas,
Ora me envíes penas,
Ora me des placeres.
Por eso he de loarte
En el gozo, Señor, y en la desdicha;
Pues con tal de gozarte
En las mansiones de la eterna dicha,
Yo mis dolores sufriré, Dios mío,
Con esperanza tal el pecho absorto,
Que no me aflige padecer tan corto,
Si ha de acabarse en el sepulcro frío.

VANIDADES—AFEITES

Una dama arrugada por los años, decía a otra para descubrir su fingida juventud: «¡Qué bien pintada está Ud., amiga mía! parece Ud. una joven.»

«Si pudieran parecerlo todas las que quieren ocultar sus años», respondió la otra, «también Ud. lo parecería.»

¡Vaya, debilidad mujeril!

Quisierais tal vez engañar al tiempo con vuestros afeites y *col-cream*; pero, ¡ay! que a la muerte no se le engaña tan fácilmente.

Ella os cogerá, aunque sea entre frescuras y perfumes; y ¡desdichado quien no lleva a la otra vida más que las vanidades de este mundo!

UN AVARO—LA LIMOSNA

A un avaro muy rico se le acerca un pobre y le pide una limosna.

«No acostumbro hacer limosna en público», dice el avaro, «porque no crean que hago ostentación de mi riqueza. Ahí tiene Ud. las señas de mi casa.»

¡Y le da la tarjeta de un amigo!

¡Ay del que teniendo cómo hacer limosna, niega al hambriento un pedazo de pan!

Ese mendrugo, ese ochavo lo niegan al mismo Hijo de Dios, que tiene por hecho para sí cuanto se hace por el más pequeño y desheredado de la fortuna.

¿Y quién negaría una limosna a este Dios, al cual debemos todo cuanto tenemos?

SUPERSTICIONES—LA VOLUNTAD DE DIOS

En un banquete observa Gedeón que son trece a la mesa.

«¿Teme Ud. alguna desgracia?» le preguntan.

«¡Ya lo creo!»

«Eso es una preocupación estúpida», le dice uno de los comensales.

«No hay que reírse, señores. ¡Ya verán Uds., cómo uno de los presentes morirá antes que los demás!»

¡Vaya, qué pedazo de cretino!

Así son, más o menos, todos los que creen o afectan creer en las mil y una supersticiones del vulgo. ¡Mentes apocadas, almas de cántaro!

Recordadlo bien: todo acontece por la soberana voluntad de Dios; y no cae hoja del árbol sin que lo quiera Dios.

MODO DE PLEITEAR—EL TRIBUNAL DE DIOS

Prometió un abogado a un labriego, que si le daba un doblón le enseñaría a pleitear de modo que siempre venciese.

Ofreciósele el labrador, y el letrado le dijo: «Niega siempre, y vencerás siempre.»

Pidió luego el doblón, mas el labriego contestó: «Niego haberlo prometido.»

«Ese remedio no sirve para mí.»

«Entonces no debo pagar, puesto que no gano siempre.»

«Pues, hijo, sabes más letras que yo.»

No tratéis jamás de engañar al prójimo; porque tarde o temprano se os engañará a vosotros mismos.

Y si a veces las marañas no llegan a desembrollarse en este mundo, pensad en que todo se desenmarañará ante el tribunal de Dios.

Quien engaña al prójimo, trabaja para su propio daño. Hace lo que el gusano de seda, que va desenrañando esos hilos de oro con que labra su dorada cárcel.

Porque tras la persona del prójimo hay que ver siempre a un ser invisible que juzga todos nuestros actos, a un ojo escudriñador que lee en los pliegues más ocultos del alma, a esa mano misteriosa que en las paredes de la sala del festín escribió esas fatídicas palabras: *Mane, Thecel, Phares*.

LOS LIBROS FRIVOLOS—UNA BUENA LECCION

Un pobre hombre era muy aficionado a la lectura de libros frívolos.

Cierto día le reconvino su esposa por esta mala costumbre.

«No te inquietes por eso», contestó: «¿qué mal crees tú que me puedan hacer? Yo me olvido al poco tiempo de haberlos leído.»

«Papá», le dijo su hija que estaba escuchando la conversación, «¿qué comimos el domingo pasado?»

El padre, sorprendido, no sabía qué responder, y concluyó con decir que no se acordaba.

«Bien está», exclamó la hija, «no os acordáis, y sin embargo, esa comida os alimentó.»

Esa sencilla réplica hizo sonreír al padre. Abrazó a su hija, y desde entonces renunció a lecturas funestas y perniciosas.

UNA PRUEBA

Un amigo asaz importuno encuentra a otro amigo en la calle y exclama: «Voy a darle a Ud. una prueba de confianza, pidiéndole un duro.»

«¡Hombre! ¿y a eso llama Ud. dar?»

No hay nunca que abusar de la bondad de nuestros amigos.

Algunos parece que comprenden la amistad de un modo muy extraño. Según ellos, la amistad se podría definir: el derecho de importunar al amigo, siempre y cuantas veces a uno se le antoje.

Decía un sabio griego: en todas las cosas se necesita moderación.